

EL CEMENTERIO DE TORRERO DE ZARAGOZA,

pinceladas

PARA UNA APROXIMACIÓN

TEXTO Y FOTOS Ángel Burbano



El panteón de Antonio Portolés presenta una característica única: en sus vidrieras y relieves de bronce se muestran los rostros de familiares vivos

SUMIDOS EN EL OLVIDO QUE PRESUPONE UNA MUERTE CASI SIEMPRE LEJANA, LOS CEMENTERIOS DE NUESTRA SOCIEDAD SE DEBATEN ENTRE EL ABANDONO Y LA PERVIVENCIA NECESARIA DE LO QUE CONSTITUYE LA ÚLTIMA MORADA. EL CEMENTERIO MUNICIPAL DE ZARAGOZA COMIENZA A COBRAR UNA VIDA INUSITADA QUE LO CONVIERTE EN RECEPTÁCULO DE ARTE E HISTORIA. UNA SUGERENTE MIRADA A LO QUE ALBERGA SU INTERIOR NOS MOSTRARÁ ESTE GRAN CAMPOSANTO DE LA CIUDAD, COMO UN GRAN MUSEO QUE INVITA A SER VISITADO.



El siglo XIX español vivió el final de un debate que venía tiempo atrás levantando opiniones enfrentadas en la sociedad y en los gobiernos. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII las parroquias eran las encargadas de albergar los fallecimientos que se producían en urbes y pueblos. Por lo general, en una España eminentemente cristiana y católica, los inhumados comenzaban el sueño eterno junto a su parroquia de toda la vida. Pero el paulatino crecimiento de las ciudades y la preocupación lógica por las medidas de higiene y salubridad, avivaron las políticas que comenzaron a propugnar la creación de camposantos fuera de los núcleos de población. De esta manera, reyes y ministros empezaron, en la segunda mitad del siglo XVIII, a promulgar órdenes reales y normativas al respecto. No fue un proceso rápido, pero finalmente comenzaron a construirse en todo el país, cementerios para las ciudades y los pueblos. Es el caso del de Torrero en Zaragoza; la necrópolis municipal de la ciudad.

Tras el pequeño camposanto de la Cartuja Baja, inaugurado en 1791, se vio la necesidad de volver a establecer un nuevo cementerio de mayores dimensiones. Una ciudad de los Muertos que pudiese crecer al ritmo de la población zaragozana. De esta manera, los arquitectos municipales de entonces, Fernando de Yarza y Joaquín Gironza, establecen que se ubique el nuevo proyecto en un terreno perteneciente a la familia Torrero. Allí, en el sur de la ciudad, recibiría los vientos que alejan del núcleo urbano los gases propios de un sitio de estas características. Así, a principios de 1833 comienzan las obras. Y tras unos cuantos quebraderos de cabeza económicos, propios de cualquier gestión urbanística que se precie, se inaugura oficialmente el 5 de julio de 1834. Días antes, el 15 de junio, fue bendecido cristianamente por el arzobispo

Bernardo Francés Caballero. Y poco tardó en recibir su primer residente: una mujer que fue enterrada tres días antes de ser inaugurado el recinto. Por tal motivo, a Manuela Moreno Abendaña se le concedió, años más tarde, una sepultura gratuita de forma perpetua, que hoy en día se puede apreciar en lo alto de una pared de nichos.

En el panteón de la familia Gardeta-Guinda, la puerta modernista es trabajo de Pascual González. La escultura de Dionisio Lasuén, de 1904, invita al silencio y la meditación



Una de las esculturas más características del conjunto es Memento Homo, realizada por Enrique Clarasó en 1903 para el panteón de la familia Aladrén

El 19 de febrero de 2003 una copiosa nevada, algo poco común en Zaragoza, ofreció una imagen distinta de la necrópolis de Torrero

Como es lógico, el cementerio fue creciendo en inhumados y con el devenir de los tiempos se fueron sucediendo ampliaciones del mismo, hasta llegar a lo que conocemos hoy en día. Los arquitectos municipales del Ayuntamiento de Zaragoza dejaron su rúbrica personal en el diseño de las construcciones. Desde Segundo Díaz en 1875, hasta Elvira Adiego en 1990, pasando por Ricardo Magdalena en 1883, Félix Navarro (1911), Regino Borobio (1941) José Beltrán (1970) y José Luis Sáenz de Cenzano (1979), todos aportaron su visión y su profesionalidad en aras de las necesidades de una ciudad en constante crecimiento. A su vez, la necrópolis de Torrero se fue convirtiendo, con el paso de los años, en un crisol de tendencias y modas, tanto en arquitectura como en las tumbas y panteones que fueron poblando el recinto. Un abanico de esculturas, mausoleos e instalaciones que invitan a recorrer el camposanto con afán de conocimiento y deleite.

La cultura funeraria hace que nuestra visión se enriquezca al contemplar los cementerios como museos de Historia y Arte. El cementerio de Torrero alberga una muestra considerable de trabajos de escultores, tanto aragoneses como foráneos. La parte antigua es la más rica en obras. Si entramos por esa zona, viniendo por la avenida de América, en seguida nos situaremos frente al llamado andador de Costa. Es al final del mismo donde está el mausoleo del célebre pensador aragonés. Hasta llegar a él, la vista nos descubrirá los mejores ejemplos de arte funerario. Una escultura de delicadeza extraordinaria nos da la bienvenida. Es la obra titulada *Dejando la tierra* del escultor catalán Enrique Clarasó, realizada en 1904 para el panteón de la familia Ginés y Ginés. Obra modernista realizada en mármol de Carrara y poseedora de un detallismo exquisito. La sensualidad de la figura y el trabajo delicado de los pliegues del sudario hacen una delicia del conjunto. Éste nos muestra, como su nombre indica, el cuerpo de una joven que abandona este mundo de forma ascendente hacia el cielo. Un poco más adelante, siguiendo en esa misma calle, encontramos otro de los grandes ejemplos del cementerio. Llama la atención, efectivamente, la soberbia figura de un hombre cavando tumbas (incluida la suya propia), pico en mano, semblante serio y anatomía académica. La obra pertenece también a Enrique Clarasó y es una de las más conocidas de su trabajo. Entre otras cosas porque su primera



En la fosa común, la escultura denominada Humanidad es obra del zaragozano José Bueno. Inaugurada en 1919 gracias a una suscripción popular, es una de las grandes creaciones que el escultor ideó mientras residía en la Academia de Bellas Artes de Roma

El único desnudo del camposanto se halla en el sepulcro de la familia Sarto y Álvarez, una bella fémmina realizada por Miguel Cabré en 1978. Su título es Examen de conciencia

versión, el modelo original (el de Zaragoza es una réplica) ganó la Medalla de Oro en la Exposición Internacional de París de 1900. Hay que hacer notar que el pico de la escultura se guarda durante todo el año, y sólo se coloca en las festividades de Todos los Santos. Es una forma de preservarlo contra los robos y actos vandálicos que asolan los cementerios. El conjunto nos recuerda un mensaje universal, escrito en latín en la obra: *recuerda hombre que eres polvo y al polvo regresarás*. Clarasó nos legó también en esa zona otra imponente escultura llamada *El tiempo*. En la otra orilla de esa misma calle, un panteón, el de las familias Gómez y Sancho, muestra a un musculoso anciano desgarrando inmisericorde las hojas del libro de la vida. Data de 1907 y está realizada en mármol blanco vetado.

En este mismo andador encontramos grandes obras también de un escultor aragonés, Dionisio Lasuén. Antes de llegar al mausoleo de Joaquín Costa, coronado por un busto del citado artista, merece la pena ver el panteón de la familia Gardeta-Guinda. La entrada al mismo tiene forma de Omega y posee una puerta de hierro modernista obra de Pascual González. La escultura de Lasuén es de piedra caliza y llama al silencio respetuoso. Se puede decir que estamos ante un gran ejemplo de modernismo dentro del camposanto.

Cerca tenemos también el enclave donde reposa Miguel Fleta, el célebre tenor fallecido en La Coruña en 1938. Tiempo costó que este aragonés excepcional, nacido en Albalate de Cinca allá en 1897, recabara definitivamente en Torrero. Pero al final, tras ser trasladado aquí en 1941, se asentó definitivamente hasta construirse más adelante el conjunto que apreciamos. Con el paso del tiempo su enterramiento fue remozado y en 1999 se colocó la escultura del busto del tenor, realizada por Alberto Gómez Ascaso gracias a un concurso del Ayuntamiento para celebrar el centenario del nacimiento de Fleta. Joaquín Costa, del que ahora se celebran cien años de su muerte, reposa en una cripta bajo la gran obra funeraria que vemos despuntar en esta ciudad de los muertos. Fallecido Costa en Graus, Huesca, el 8 de febrero de 1911, fueron trasladados sus restos a Torrero tras una intervención popular en la que un gran número de gente congregada se interpuso ante el tren que debía portar a Costa a Madrid. Finalmente, el Ayuntamiento de



En el andador de Costa nos recibe la escultura *Dejando la Tierra*, también de Enrique Clarasó. Su exquisita realización se completó en 1904 para el panteón de la familia Ginés y Ginés

El mausoleo de Joaquín Costa, dedicado a la cultura griega clásica que tanto amaba, responde a un proyecto de Manuel Bescós (escritor) y Félix Lafuente (pintor), con escultura de Dionisio Lasuén. Se erigió en 1914

Zaragoza propuso un concurso de ideas que dio como resultado la obra presente. Los autores del proyecto ganador fueron el escritor Manuel Bescós y el pintor Félix Lafuente. El conjunto es una alusión a la mentalidad del célebre pensador, que tanto amaba la cultura griega clásica. Un Partenón enmarcado en un conjunto natural, aquello por lo que Costa más desesperó, el buen uso de la tierra. A fin de cuentas, lo que da de comer al ser humano. Hay también en este camposanto imponentes construcciones que merecen la atención del visitante. Sin salir de esa parte del cementerio, acabaremos encontrando la fosa común al final del andador que lleva su nombre. La escultura, llamada *Humanidad* es obra del zaragozano José Bueno. Es una de las grandes obras del autor, que ideó mientras residía en la Academia de Bellas Artes de Roma, becado por el Gobierno español durante cuatro años, hasta 1916. Su escultura gustó tanto, que por suscripción popular se hizo la copia que vemos en piedra. En la inauguración, que se celebró el 15 de junio de 1919, actuó el Orfeón Donostiarra que recalaba en Zaragoza por esas fechas. No es la única fosa común del cementerio, pero sí la más emblemática y recordada por los zaragozanos. Allí recalcan todos los inhumados sin patria. Desde los «pobres de solemnidad» que se decía antaño, hasta los nichos desalojados por abandono. Construcciones para la posteridad son los panteones y monumentos del cementerio. Grandes familias han levantado grandes mausoleos. Es el caso del panteón de Antonio Portolés que podemos ver caminando por el andador de la Fosa Común. Construcción modernista de 1911, fue diseñada por Francisco Albiñana y posee en sus laterales unos relieves en bronce de Carlos Palao (enterrado también en Torrero). Los bronce representan el Santo Entierro y la Resurrección de Cristo. Como dato curioso diremos que los rostros de las mujeres que aparecen en el bronce de la sepultura de Jesús, son familiares reales vivos de nuestros días, al igual que alguna imagen representada en las vidrieras del interior del panteón. Cerca también encontramos otra soberbia construcción antigua, la perteneciente a la familia Maynar. Construido por Félix Navarro Pérez en 1890, es de piedra de floresta y de Calatorao. La vista del paseante sucumbe ante su grandiosidad. Hay, no obstante, panteones actuales de gran acabado y delicados



materiales de estéticas clásicas. Multitud de ángeles pueblan las zonas modernas una vez abandonada la parte antigua del camposanto. La actualidad avista nuevas estéticas, como la de la familia Sarto y Álvarez (cerca de Joaquín Costa, en los nichos más modernos que hay tras él). Su sepulcro marmóreo está vigilado por una bella fémina obra de Miguel Cabré en 1978. El título de la obra es *Examen de conciencia* y es el único desnudo que hay en toda la necrópolis.

El cementerio en su zona moderna y actualizada, muestra también un recuerdo indispensable de su historia, la guerra Civil española. A las zonas construidas en su momento para los combatientes caídos del bando liderado por Francisco Franco (ubicadas anexas a la zona antigua), se suman paradas obligadas del otro bando: como en toda guerra, el de los perdedores. El cementerio sirvió en la contienda española como lugar de ejecución para todo tipo de personas contrarias al régimen franquista. Una de las paredes que delimita el mausoleo de Costa recibió innumerables disparos, como patíbulo oficial elegido para el último estertor de los fusilados ahí



mismo. Las fosas comunes de esas víctimas fueron exhumadas en la incipiente democracia española allá en 1979. De ahí surgió el *Monumento a los muertos por la democracia* (en la primera zona anexa de la parte antigua) y el reciente *Memorial a las víctimas de la violencia franquista*. Este último fue inaugurado el 27 de octubre de 2010 y recopila los nombres de los 3542 ajusticiados por el régimen franquista en el cementerio hasta 1946. La obra fue diseñada por el arquitecto Fernando Bayo y el escultor, autor de la obra central, Miguel Ángel Arrudi. Cada otoño, el cementerio de Torrero acoge además múltiples actividades de divulgación. Éstas incluyen paseos guiados por una ruta artística y otra histórica, representaciones leídas de la obra *Don Juan Tenorio* y conciertos de música clásica al aire libre. Estamos pues ante una necrópolis, que además de haber sido renovada tecnológicamente en sus servicios, renace poco a poco del olvido cultural, demostrando una vida artística e histórica plétórica y rica para todo aquel visitante que desee asomarse a su interior. Un viaje en el tiempo hacia nosotros mismos.



Memorial a las víctimas de la violencia franquista, monumento inaugurado el 27 de octubre de 2010, está firmada por el arquitecto Fernando Bayo y el escultor Miguel Ángel Arrudi, creador de la pieza central

Representación de Don Juan Tenorio, una de las actividades divulgativas que desarrolla en la actualidad el cementerio de Torrero

